



EL EXILIO DE
EUGENIA BOSCH
DANA HART



Debería tener una trágica visión sobre la situación actual. Pero no la tengo. No puedo tenerla. Me siento en cambio, alegre y optimista. Lo cual puede parecer a simple vista, una ridiculez, o alguna clase de muestra de ingenuidad. Pero no lo es. Creo en el futuro socialista de la humanidad, tanto como creo en que tengo sangre circulando por mis venas, huesos y una columna vertebral. Tan material como el hielo que congela mi nariz. Endureciendo mis pestañas, mis labios y hasta mi deseo de hablar.

No quisiera creer. Pero creo. No quisiera, porque mucho más fácil sería dejar de respirar este aire gélido, y dedicarme simplemente, a regar las flores de algún bello jardín. A entibiar los labios de algún apuesto príncipe, y sacar el jugo de los tomates de alguna huerta. Pero no puedo. Creo. Creo hoy más que nunca. Más que en mis años

de juventud, en los que creer no era cosa tan seria. No tenía tantos costos. Tanto frío. Sí, soy optimista. Aunque ser optimista pueda ser considerado una estupidez. ¿Estúpida soy porque creo?

Creo también en que hay algún modo de escapar de aquí. De abrir las cortinas de hielo y atravesarlas, hasta llegar a un sitio sin tormentas. Creo. Tal vez a la arena del desierto. O hacia alguna playa que pueda descongelarme las cejas. ¿Seguirán vendiendo esos dulces que alguna vez comí cuando niña, envuelta en las manos de mi padre, cuando el destino todavía no marcaba un rumbo para mí? Y es que puede que eso sea lo que nos diferencie de los animales, principalmente. Más que el lenguaje. Más que las herramientas. Mucho más que la posición erguida,

el pulgar oponible o el trabajo. La consciencia del propio destino.

Nada sabía yo del futuro que me aguardaba cuando era la secretaria de mi padrastro, por ejemplo. Aunque ser secretaria es bastante parecido a ser un General del Ejército Prusiano. O alguien al estilo de Karl Von Clausewitz, que se dedica, tras bambalinas, a examinar el arte de la guerra. Y es que todo puede ser una guerra, del mismo modo en que todo puede ser un arte. Ser Secretaria también era practicar el arte de la guerra.

Después la guerra se hizo cierta, real, con piel y huesos. Y no fue solo una. Sino cientos, al mismo tiempo, unas atacando tras las otras. Enemigos y adversarios tomados de la mano.

Como cuando en Octubre del `17, se armó un contra Estado Mayor, que comenzó siendo dotado

con 5.000 armas, solo para probar si los obreros de las fábricas tenían el suficiente nivel de consciencia como para saber usarla e identificar contra quién, y resultó que sí supieron.

Lenin planificó la toma del poder durante años. Tenía un cuaderno azul, con todas las citas de Marx y Engels respecto al Estado, y cuando tuvo miedo, en medio de los 111 días de un exilio escondido, que lo fueran a reventar, lo único que le preocupaba era que conservaran bien ese cuaderno. ¡La importancia de la teoría! Que traza las líneas estratégicas primero en las cabezas y luego en la realidad. Quisiera tener un cuaderno azul como aquel, listo para la acción.

Claro que no todo mundo estaba listo para la acción por aquellos días. El Comité Central estaba todavía a la derecha de las masas, haciendo que el propio Lenin amenazara con renunciar si la

insurrección no se hacía carne urgentemente, antes de que las fuerzas de Kerenski lo invadieran todo. Hasta tuvo que aparecerse con peluca a una reunión para tratar de invertir la correlación de fuerzas. Como decía Trotsky “*entre los monstruos, el ídolo del prestigio es el más devorador*”¹.

Por supuesto que nada sabía yo de todo eso mientras trabajaba de secretaria para mi padrastro. Una secretaria clausewitziana. Porque en algún punto, ser secretaria, es la continuación de la política por otros medios. ¿Cierto? O acaso no se llaman justamente, Secretarios Generales, muchos de los cuales deben envainar y desenvainar ante el sonido ensordecedor de los clarinetes.

Hace frío. Intento hacer el esfuerzo por recordar, los detalles, los rostros, los cuadernos en las

¹ Realizado en base a “Historia de la Revolución Rusa”, de León Trotsky.

manos, pero el frío entumece mis recuerdos. A veces solo hay hielo, en donde debería haber palabras, historias para contar. Pero el frío no me angustia. Por mucho que lo intento, no consigo sentir tristeza, ni desmoralización, ni miedo. Es como si la fuerza de la moral, hubiese conseguido al fin blindarme los labios. Creo. Y creer derrite el hielo. La gélida costra que cubre mis poros. El aliento que es lo único que calienta esta habitación en penumbra. Cuanto más lejos me han echado, más cerca me siento. Atada al calor de las ideas revolucionarias, como si no tuvieran tiempo, ni espacio. No hay lugar para apartarme cuando creo.

Eso sí, debo confesar que tengo el timo inquieto. Desde que en 1777 Guillermo Hewson logró identificar el lugar exacto en el que estaba esta glándula, hasta que en 1832 Astley Cooper lo

diseccionó en un cadáver, nunca, había existido antes, un timo tan inquieto como el mío. No logro identificar si se abre o si se cierra. Si se agranda y si se achica. Tengo que hacer círculos con los dedos sobre él, en el sentido de las agujas del reloj, para lograr que se calme y no quiera salir, derrapando por mi pecho. ¿Qué le sucede? Si fuese más supersticiosa, diría que me anuncia las tormentas, igual que las rodillas doloridas le anuncian a las señoras y señores, las próximas lluvias. Pero no pretendo que exista el cielo, ni lugares donde se reúnan los amantes después de morir, ni en presentimientos buenos o malos. Sigo dándole vueltas con mis dedos, al timo que palpita, que no se congela, que cree en lo mismo que yo.

Y debo confesar también, que todo este frío, me presiona a preocuparme de los pequeños

problemas gélidos, hábilmente desarrollados para no congelarme, queriendo alejarme de los grandes asuntos, para los que se prepara en cambio a los grandes hombres, siempre tensos, siempre mirando hacia el horizonte. Estoy segura de que ellos no sienten tanta presión, hacia lo práctico, hacia lo cotidiano, hacia lo pequeño, ya que se les enseña a dominar, mandar, pensar en grande, lejos de las hormigas, lejos de la mugre de las uñas. Pero concatenar, después de todo, ha sido el secreto de los mejores programas. Tal vez tenga que ser el secreto también del mío propio, los grandes asuntos con los pequeños. El hielo con la revolución. Una pequeña gota congelada en la cima de mi nariz, con los mayores secretos del mundo.

Recuerdo haber hablado sobre eso, alguna vez, con Tatiana Graf, una de las grandes mentes

brillantes de la revolución, que relató los acontecimientos con pasión y lujo de detalles. Ella no se cansaba nunca de hablar de los obreros, pidiendo armas para el soviet, golpeando puertas, derribándolas, impacientes, con la ansiedad de que comenzara la acción. Obreros jóvenes de dieciséis años, junto a obrero de cincuenta, girando en un capitalismo agotado, sintiendo arder la vida. Conquistando mayorías.

Hiel. Como el frío de aquella noche de Octubre, cuando dieron las dos de la mañana, y los destacamentos de obreros armados, ocuparon los distintos puntos estratégicos de la ciudad. Las centrales telefónicas. El alumbrado público. Los arsenales. Los almacenes de víveres. Los puentes que daban al palacio. Los servicios de agua. El Banco Estado, aprendiendo de las debilidades de la Comuna de País. Imprentas. El

edificio de Telégrafos. La central de Correos. Todo fue ocupado sin disparar ni un solo tiro. Hacía frío, sí. Y aun así, se inflamaban los huesos. Ardía.

Al mediodía siguiente, la fortaleza de Pedro y Pablo tronaba, mientras se creaba un nuevo sistema de administración en base a los soviets y el control obrero de la producción, destruyendo al viejo aparato estatal, tomando medidas contra la guerra, aboliendo la gran propiedad agraria, extendiéndose por el mundo.

El timo se me acelera. O tal vez sea mi corazón, que ha tenido siempre problemas para adaptarse al latido lento y ha querido, avanzar, aún más rápido de lo que me permite mi cuerpo. Timo y corazón, que gran combinación de calores, para tenerme alerta en este invierno del espíritu. Este mismo corazón que me llevó a declarar el divorcio tras las tesis de Abril. Había que seguirlo, hasta el

final. Corregir las antiguas y equivocadas posiciones. El mismo corazón que me llevó a alzar las banderas de la Oposición de Izquierda, perseguido hasta el destierro. Pero eso no sale en los libros. Este hielo, no se congela bajo las letras de ninguna de las páginas que la historia escribirá. Allí dicho quedará que me quité la vida. Es el único modo de escapar del stalinismo. Pero nada es cierto. Nada. Solo mi hermana Elena sabe este secreto. Porque este hielo es tan solo mío.

Hacia la primavera, llegarán las amapolas, y la alfombra roja volverá a tomarse los caminos. Cesarán las inundaciones, pero no cesarán las constantes amenazas de terremotos, que planean sacudirlo todo, justo como las revoluciones.



Mañana es mi primer día de trabajo en la oficina, así que estoy bastante nerviosa. Mi padrastro es un ser extraordinario, que ha tenido la amabilidad de darme un sitio y un espacio de confianza. Una secretaria corrupta, podría destruirle la vida. Una buena secretaria, podría ayudar a resolverle más de un problema. Espero poder ser una secretaria de las buenas. Es mi primer empleo. No fue fácil salir adelante desde que mi padre murió. Sobre todo por la tristeza de mi madre, y los dolores de bolsillo. Que son los peores de todos, porque ni un médico permiten pagar.

Me he hecho mi gel de linaza para poder peinarme. Herví las semillas durante veinte minutos, hasta que logré espesar el agua a su alrededor. Ahora podré tener el pelo brillante y presentable. También conseguí toda clase de ropas, que mi madre recaudó entre sus amigas.

Hay un traje de un rosa viejo, que me resulta absolutamente fascinante y será lo primero que me ponga, mañana, para comenzar. Espero estar despampanante. Pero no demasiado como para parecer inadecuada. Nada de mostrar las pieles. Si llego a tener horas muertas, llevo mi libro para poder leer tranquilamente, sentada en mi escritorio. Y si no las tengo, pues bien, voy dispuesta a concentrarme.

Mi padrastro me dijo que hay un teléfono muy moderno en la oficina, de esos que inventó Antonio Meucci en 1854 para conectar su oficina con su dormitorio, y así hablar con su esposa inmovilizada en su cama. Qué romántico. Aunque por fuera solo parece una carcasa dura con un círculo lleno de números, por dentro es puro corazón.

Comencé mi primer día y fui tan bien recibida en la oficina, que me sentí feliz. ¿No es llamativo cómo se puede estar en un lugar paradisíaco, mirando al mar, y sentirse profundamente desdichada? Y luego por el contrario, se puede estar en otra parte, cualquiera que fuere, sentada sobre un escritorio de madera finamente enchapada, y sentirse, simplemente feliz. Con las alas abiertas, como una mariposa, que decide si volar, o si quedarse quieta, absorbiendo el néctar de las flores.

Sentada en mi escritorio, mirando a través de los barrotes de la ventana, se me ocurrió la idea de una escultura que me gustaría mucho poder hacer. Se trata de la figura de dos personas, atraídas por un imán. Tal vez una de ellas, pueda estar hecha en base a una estructura metálica sólida. Algún tipo de fierro trabajado. Soldado.

Estirado. De hierro. Y la otra, hecha de imán, finamente detallada, con un recto perfil. Para que cuando se colocasen una cerca de la otra, a una distancia aproximada de treinta o cuarenta centímetros, se atrajeran, la una junto a la otra, de manera inevitable. ¿No es acaso lo que sucede con las personas de carne y hueso? Constituidas en base a un imán y una estructura metálica interna, que hace que se atraigan, o por el contrario, se repulsen. Al igual que una batería, como la que construyó el físico italiano, Conde Alessandro Volta, en 1798, con dos pares de discos de cobre y zinc, separados entre sí por un disco de cartón humedecido con solución salina.

Quisiera ver a mi escultura sobre mi escritorio, con el tamaño suficiente como para no caerse por los bordes, pero a su vez, dejarse llevar, por la física química cuántica, de lo que se atrae

inevitablemente. Puedo verles en mi imaginación, sobre el enchapado, moverse, atraerse, hasta fundirse en una unidad indivisible por su fuerza.

O puede que decidiera dejar cada figurilla en una esquina del escritorio, solo observándose. Lo platónico. Lo platónico gusta más. Genera menos dolor a las gentes. Se puede vivir de lo platónico, sin necesidad de lastimar. Sin necesidad de que la cercanía resulte en un tormento de ningún tipo, en opresión alguna. Lo platónico se desayuna sin opresión. Cada quien en su rincón de la mesa, amándose con la vista. En un secreto que solo dos saben. El secreto platónico de los placeres.

El problema es el deseo. El problema son los sueños, que no nos dejan dormir. Puedo ver, revueltas y revoluciones en cuanto cierro los ojos, como si estuvieran justo frente a mi. Puedo ver un futuro que se desmorona y que a su vez,

construye nuevos futuros, nuevos colores. Todo lo que hay a mi alrededor, ya no está, como si pudiera verlo cambiando, modificándose abruptamente. Tengo sueños en los que no soy, este escritorio, ni estas sensaciones, ni esta mañana temblorosa. Sueños en los que soy otra, andando por calles libres, llenas de gente insurrecta. ¿Cuándo vendrán esos días? Esos días en los que el mañana se hace presente, sin treguas, en la mágica bruma de la protesta. Puedo verlo venir. Como si ya estuviera aquí. Como si se personificara, o tuviera un olor tan intenso como un perfume de rosas. Puedo oler el perfume de las revoluciones, acercándose hacia mi.

A la hora del almuerzo, aprovecho de dar una vuelta por los parques cercanos. Llevo conmigo un recipiente de vareniki, que me como fríos, porque no tengo cómo ni dónde calentarlos. Estuve a

punto de traer borsch esta mañana, pero tenía miedo de que se me derramara en la cartera y me tiñera todo de color remolacha. Aunque el hambre no se me quita nunca. Es como una bestia voraz que vive en mis entrañas. No es hambre vereniki, ni de borsch, ni de deruny, ni de shuba, ni de golubcy, ni de churchkheli. Tengo hambre de otra cosa. Tengo hambre de porvenir. De futuro. De días que se vuelvan viento. De viento que se vuelva aliento. De un aliento que pueda al fin saciarme. Y sed... Una sed de estrellas más altas, más lejanas, cubiertas de resplandor. Tan brillantes que enceguecen, empalideciendo los rostros de quienes no comprenden, manchándose la boca con borsch. Tengo hambre. Y sed. Y sueños. Y deseos que no se acaban. Sed. Hambre. Sueños. Sueños. Hambre y sed. Lo sé: Hay un lugar para ser las estrellas. Platónicas. Distantes. Escapistas. Sacudiéndose el polvo.

Bañando ríos. Eclipsando mareas. Cumpliendo deseos. Mirando a quienes sueñan con los ojos encendidos. Devolviendo calmas. Generando tormentas. Hay un lugar para ser tormenta. Eclipse. Brisa marina. Dolores. Temores. Tormentos. Ballenas grises que no saben, no pelean, no piden, ni dan, ni comprenden, no abren, ni cierran. Hay un lugar para ser tierra. Tierra fresca o seca, acariciada por la bruma. Un lugar para dormir sin imágenes en la cabeza. Tan llena que se vuelve vacía. Tan vacía que se vuelve eterna. Un lugar, más allá del reloj de Peter Henlein. Más allá de las 12. Más allá de florecer.



WWW.DANAHARTESCRITORA.COM